

Por
**Alicia
Vallina**

«Creo que ha llegado la hora de hacer justicia con lo que le pasó a mi tatarabuelo. Desde muy pronto, se le intentó poner una piedra en el camino y ocultar su hallazgo. Él mismo se dio cuenta de ello, e intentó por todos los medios reivindicarse. ¡Hasta llegó a escribir una carta al rey Alfonso XIII!». La voz de Iker Gonzalvo muestra firmeza. Entiende que ha llegado el momento de resarcir un gran agravio histórico. Palabra de tataranieta.

La carta de la que habla nos

ra de este modesto tejero iletrado que trabajó al servicio de Marcelino Sanz de Sautuola, tatarabuelo de Ana Botín y uno de los naturalistas y prehistoriadores más prestigiosos de nuestro país. Fue defensor de la autenticidad de las pinturas de la cueva desde su descubrimiento, pues llegaron a estar cuestionadas. «Creo que ha llegado la hora de hacer justicia con lo que le pasó a mi tatarabuelo...», repite ahora Iker Gonzalvo.

La existencia de la misiva al rey ya era conocida, pues aparece citada por el académico de la Historia y cronista oficial

Ayuntamiento de Ongayo. Que tengo de edad sesenta y un años y soy un labrador pobre, que con grandes dificultades adquiere algo de lo más indispensable para la vida. Que, si la cueva tiene algún mérito, como si no lo tiene, yo soy el primero que la vio en la edad presente, y quien dio ocasión, por tanto, para que adquiriese el hallazgo la celebridad que hoy tiene. Si V.M. cree que merezco algún socorro, a V.M. se lo suplico. Soy de V.M. humilísimo y leal súbdito, que a Dios pida conceda larga vida a vuestras MM.YAA.

Torrelavega, setiembre 14 de 1881.

M. C

vaca, algo que para el labriego supuso un auténtico tesoro, pues su situación económica era harto compleja y apenas tenía capacidad para sostener a su familia. «Todo me hace pensar que después de aquella reivindicación en forma de carta al rey, Sanz de Sautuola le despidió», intuye Gonzalvo, aunque sin ningún dato fehaciente al respecto.

Según la escasísima biografía que existe sobre la figura de Modesto Cobielles, y tomando como referencia la obra llevada a cabo por el monje cisterciense e investigador Patricio Guerin titulada *Centenario del*

Rosa y José. Este último era el abuelo de mi abuela y su hijo, Manuel Cubillas, mi bisabuelo. Su primogénita, Carmina, era mi abuela y esta sólo tuvo a mi madre como hija, por eso yo tengo el apellido Cubillas como cuarto. ¡Fíjate qué lejos parece que está y, a pesar de todo, qué cercano le siento!», nos confiesa emocionado.

Parece ser que el apellido original Cobielles, de claro origen asturiano, se vio modificado en algún momento de esta historia y fue cambiado por el de Cubillas. Dice el tataranieta que esto «pudo producirse por la traducción de dicho apellido al

“Mi tatarabuelo fue el verdadero descubridor de la cueva de Altamira”

Iker Gonzalvo, descendiente de Modesto Cobielles, un tejero casi iletrado apodado ‘El cazador de Tagle’, reivindica su papel en el hallazgo de la ‘capilla sixtina’ del arte rupestre. El hombre, que llegó a escribir una carta al rey, trabajaba para el tatarabuelo de Ana Botín. “Creo que ha llegado la hora de hacer justicia”, dice el descendiente del trabajador asturiano

lleva a finales del siglo XIX, y fue firmada en Torrelavega (Cantabria) por Modesto Cobielles Pérez, un asturiano nacido un 15 de junio de 1820 en la localidad de Celorio (muy cerca de Llanes) y al que la Historia, pese a su descomunal hallazgo, ha mantenido sepultado. Sin embargo, él pasa por ser el auténtico descubridor de la llamada *capilla sixtina* del arte rupestre paleolítico: la cueva de Altamira.

Su tataranieta, que ha conocido la historia de su familia desde que era un niño, reivindica, más de siglo y medio después del hallazgo de la cueva, la figu-

de Santander Benito Madariaga de la Campa en su obra *Sanz de Sautuola y el descubrimiento de Altamira*.

Cobielles se dirige al rey en estos términos: *A S.M. el rey Alfonso XIII, el que suscribe con el más profundo respeto expone: Que soy el único y verdadero descubridor de la cueva de Altamira, que V.M. ha visitado y el que se la hizo ver a varias personas, entre ellas al señor don Marcelino Sautuola, actual diputado provincial del distrito al que la caverna pertenece. Que soy natural de Celorio, conejo de Llanes, provincia de Oviedo, y vecino de Puente Avíos, del*

No existen copias de dicho documento. Iker Gonzalvo así nos lo atestigua. El descendiente está seguro de que «se la debió escribir otra persona, pues él apenas podía hacerlo ya que era prácticamente analfabeto.

DE REGALO: UNA VACA

Su intención era la de reivindicarse como el verdadero descubridor de la cueva, pues, después del revuelo que se produjo, se dio cuenta de que su hallazgo había sido de gran valía». Parece ser, y por lo que cuentan los familiares de Cobielles, que el rey, como recompensa por el hallazgo, le regaló una

descubrimiento de la cueva de Altamira y publicada en 1967, sabemos que sus padres fueron Pedro Cobielles y Rosa Pérez, y que su abuelo paterno, José, había sido sargento de milicias provinciales. Modesto tenía una hermana llamada María y ambos quedaron huérfanos muy pronto mientras su padre contraía matrimonio de nuevo con una tal María Llera. Pedro murió en Celorio el 1 de febrero de 1845 y en abril de ese mismo año, Modesto contrajo nupcias con Ramona Cué, natural también de Celorio. Iker Gonzalvo completa así estos datos: «Este matrimonio tuvo dos hijos,

castellano. Hay otros Cubillas en el norte, pero nada tienen que ver con mi rama familiar y puede ser que el cambio de apellido favoreciera la confusión y, en cierta parte, al borrado de la historia de Modesto».

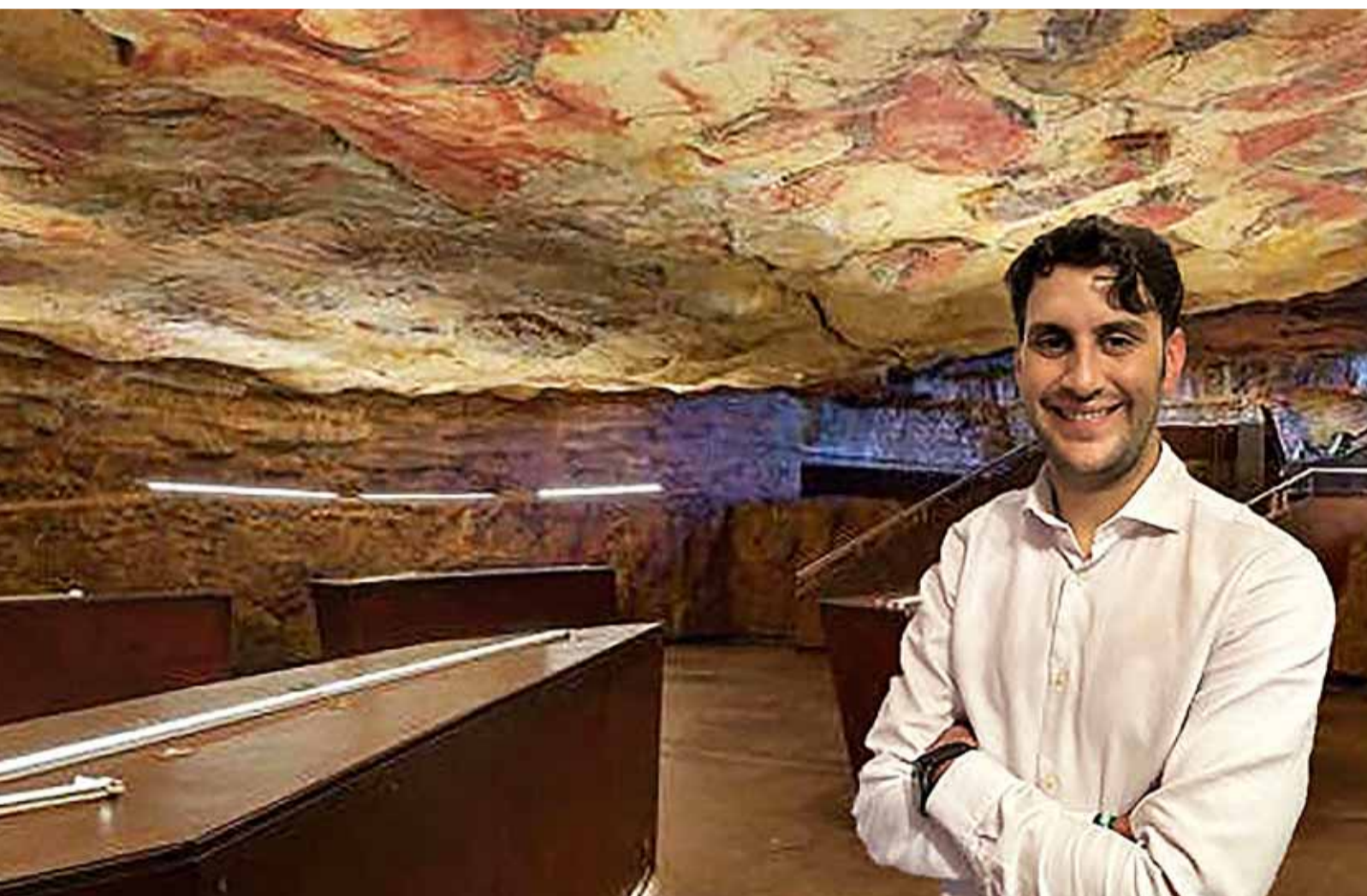
La historia completa del descubridor de Altamira la cuenta su tataranieta por vez primera para este reportaje. Habla con la emoción propia de quien la siente como suya después de haberla escuchado en innumerables ocasiones en su familia. «Modesto Cobielles se trasladó de Asturias a Puente Avíos (Cantabria) en busca de trabajo cuando las oportunidades comen-



zaron a escasear en su tierra natal. Fue cerca de esa localidad donde montó una tejera —hoy en día nuestra familia es propietaria de una finca con ese nombre cerca de Suances, donde solemos pasar las vacaciones de verano— y allí continuó con su actividad principal», narra Iker con calma. Su voz es pausada, se detiene mastucando cada palabra para tratar de recordar todos los detalles. «Intuyo que el negocio no era del todo boyante, así que intentó buscarse otro trabajo que pudiera ayudar a su economía para tratar de vivir más dignamente. Fue entonces cuando cono-

LA HISTORIA REPETIDA PARA CONJURAR EL OLVIDO

Iker Gonzalvo posa en la réplica de la cueva de Altamira concebida para proteger la original. Es natural de Bilbao y pasa sus veranos en Suances. Tiene 29



ció a Sanz de Sautuola y comenzó a trabajar para él como aparcero de sus fincas en la localidad de Puente San Miguel».

EL HALLAZGO DE LA CUEVA: UN PERRO Y UN TEJÓN

Todo ocurrió en 1868, cuando Modesto estaba cuidando el ganado en una de las propiedades de Sautuola. Gonzalvo continúa con su relato: «El perro de mi tatarabuelo salió de pronto detrás de un tejón y, avanzando entre el campo y la maleza, en una determinada zona, dio con la oquedad de la cueva. El animal no lo dudó ni

años y se dedica al mundo de la banca, pero desde siempre sintió gran curiosidad por la historia de la cueva. No en vano, su abuela, Carmina Cubillas, que siempre llevó con orgullo el apellido familiar, le repetía desde bien niño el increíble descubrimiento llevado a cabo por Modesto para que no cayera en el olvido.
CRÓNICA/ EL MUNDO

un segundo y se introdujo en la gruta mientras Modesto le seguía de cerca para no perder su rastro. Fue entonces cuando mi tatarabuelo vio las pinturas del techo. Yo no sé qué impresión pudo causarle esto, pero, desde luego, algo se movió en su interior pues nada más regresar a las tierras del señor, le contó a Sanz de Sautuola el hallazgo, ya que sabía que éste era un gran estudioso de las cuevas. Creo que este hombre no dio ninguna importancia al relato de Modesto, al menos en un principio. Él era un tejero asturiano empujado y casi analfabeto —co-

así que algo tuvo que ver Modesto diferente para ser tan insistente con Sautuola», afirma convencido. «A veces hasta me imagino a aquel hombre tan culto y formado con los ojos como platos ante el descubrimiento de aquellos magníficos bisontes representados en distintos tamaños, posiciones y técnicas. Yo pienso que Marcelino no podía creer que aquel hombre, sin apenas cultura, pudiera haber hecho un descubrimiento de tal magnitud».

Siguiendo el relato de Gonzalvo, «fue entonces cuando el terrateniente avisó a Modesto de que no dijera nada y de que

entonces contaba sólo 8 años, decidió visitar de nuevo la cueva descubierta por Cobielles. Parece que fue María quien, avanzando con cuidado por las angostas galerías, terminó por desembocar en la principal, de 2 metros y 30 centímetros de altura. «Papá, mira: bueyes pintados», exclamaría señalando con su índice algunos de los polícromos más importantes de la historia de la arqueología rupestre mundial.

Sin embargo, Gonzalvo cree que «esta historia es parte del marketing. No puedo imaginar que en aquella época una niña se atreviera a entrar sola en

cubrimiento, sin embargo, las máximas autoridades de la arqueología paleolítica mundial, los franceses Émile Cartailhac, Gabriel de Mortillet y Édouard Harlé, consideraron los polícromos como un fraude. No fue hasta el descubrimiento de una serie de grabados y pinturas en las cuevas francesas de Le Mouthe, Combarelles y Font de Gaume, en 1895, cuando reconsideraron su postura y dieron por bueno el descubrimiento.

UN HOMBRE NOBLE Y TRABAJADOR

Gonzalvo quiere honrar la memoria de su tatarabuelo y darle el lugar que merece en la Historia. Por eso afirma que «hay cada vez más gente que sabe quien fue Modesto Cobielles, aunque aún queda mucho trabajo por hacer y por ello quiero que los investigadores, autoridades e instituciones difundan la historia de mi tatarabuelo, pues fue el quien descubrió la cueva de Altamira». Gonzalvo cree que es de justicia que el nombre de su antepasado sea reconocido. «Estoy decidido a luchar por lograr que esta historia se conozca y cuento con mucha

En la Segunda República se le dio su nombre a una calle en Santillana del Mar y se le retiró durante la dictadura

gente que me apoya. Además, durante la Segunda República se le dio su nombre a una calle en Santillana del Mar y se le retiró durante la dictadura franquista. Ese fue el único reconocimiento que tuvo y es hora de que eso cambie», señala de modo categórico.

Gonzalvo nos recuerda que «la historia de Modesto Cobielles no se cuenta sólo en la familia, sino que antes ya la habían narrado otras personas de reputación intachable de la zona. De hecho, muchos de los que le conocían y sabían de su hazaña le llamaban *El cazador de Tagle*, pues allí vivió los últimos años de su vida y allí también murió. Además, Modesto, como todos los Cobielles, era un hombre noble por naturaleza, muy trabajador, y durante muchos años se ha omitido su verdadera historia y la de la cueva, pero ya es hora de reivindicarla», concluye Gonzalvo con la esperanza de que su tatarabuelo sea recordado por todos como el auténtico descubridor de la cueva de Altamira.

@AliciaVallina

mo la mayoría de la población en aquellos años—. Debí pensar que era simple imaginación de una persona sin cultura. Sin embargo, mi tatarabuelo insistió en varias ocasiones para que Marcelino visitara la cueva e incluso en mi familia siempre se transmitió oralmente que fue el propio Modesto el que un día acompañó a Sautuola a ver la cueva y a enseñarle lo que había visto».

Gonzalvo tiene una fe ciega en la veracidad del relato que durante décadas se ha mantenido en la familia Cobielles. «Cuevas en la zona de Cantabria Occidental hay muchas,

guardara silencio sobre todo lo que allí había visto. Incluso, quizá pudiera llegar a restarle importancia para que Modesto no creyera que había hecho un descubrimiento de tales dimensiones».

“PAPÁ, MIRA: BUEYES PINTADOS”

La historia oficial cuenta que, tras la información aportada por Cobielles, Sanz de Sautuola siguió reconociendo e identificando nuevas cavidades rocosas de la zona hasta que, posiblemente a comienzos del otoño de 1879, acompañado de su hija María Justina, que por aquel

aquella cueva con el peligro que eso puede suponer. Además, ¿quién en su sano juicio iba a permitir que una niña de su clase social pudiera adentrarse en un lugar tan insólito?».

Lo que sabemos con seguridad es que, al año siguiente, en 1880, Sanz de Sautuola publicó su obra *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos* de la provincia de Santander, en la que defendía el origen prehistórico de las pinturas. Miembros ilustres de la Institución Libre de Enseñanza como Francisco Giner de los Ríos o Rafael Torres Campos avalaron la autenticidad del des-